

satisfacen los encargos de decoración, aunque las ojeras delatan las noches en vela.

“Me rijo por un proyecto, pero uno siempre lo enriquece. La pintura y demás labores requieren de meses”, confirma con absoluta discreción quien otorga la última costura a los cabezones, muñecones y otras disímiles iniciativas de los sendos imperios.

“Cuando el sabio Fernando Ortiz habló de la transculturación, en el concepto refleja la parranda. En La Loma asoma Liborio, que es el pueblo; Maconcha, la negra africana; Cantarrana tiene al Gallejo, testigo de la influencia española; y La China se refiere a la presencia asiática en Cuba”.

A diferencia de otros poblados parranderos, Guayos presume de una frontera imaginaria, identificada en la calle Martí, para dividir a ambos bandos. Primero acontece la salida de un barrio. El otro se mantiene a la expectativa, sin mover ni una lentejuela, hasta que el contrario arrase con el último fuego artificial.

El día cero, la diana se activa a las seis de la mañana. Dada por concluida la fiesta, fruto del ingenio popular y fraguado en secreto, los contrincantes proceden al entierro simbólico de su oponente.

VERDE QUE TE QUIERO VERDE

Tras un aguacero, el agua que ha caído en Guayos busca alojarse en Cantarrana, el área más baja del consejo popular cabaiguanense al que pertenecerá siempre Teresita Sergia Rodríguez Álvarez, nieta de Félix Rodríguez, uno de los impulsores de la parranda.

“En la tienda de mi abuelo planificaban iniciativas y maldades contra La Loma. Me críe en ese ambiente. Mayorcita, ayudaba en la fabricación de casquillos para los voladores”, cuenta a sus 75 años esta artesana y promotora natural.

Sus canas delatan el pasado de una cantarranera a ultranza. “Con retazos de tela y cintas de papel, junto a mi tía, vestía a los figurantes de las carrozas. Nos decían ridículas, pero todos ansiaban nuestras confecciones”, recuerda.

Jesús Eloy García Valero, Chu, perdió la cuenta de las camisas verdes usadas durante su etapa de presidente de Cantarrana, entre 1970 y 1980. Ese barrio iza su bandera de igual tonalidad y tiene en la rana al amuleto de la suerte.

“El que se meta en esto solamente sabe de las emociones y tristezas pasadas. El fuego lo dirigía otro y para que la carroza llegara a su fin, yo mismo la guiaba hasta la frontera”, alega quien ahora los días en que se daba brillo en el ombligo con la evolución de colosales monumentos andantes inspirados en La isla de Tahití, Espartaco...

El visionario y otrora jefe de maquinaria del extinto central Remberto Abad Alemán dio rienda suelta a los emprendimientos para engordar la alcancía de la parranda. “El fondo asignado por Cultura era discreto y para autofinanciarnos traíamos alcohol del ingenio de Tuinicú. Elaborábamos bebidas y de paso vendíamos pan con lechón. Para ser fiestero de barrio tienes que sentirlo. Hoy en día la gente va con otro objetivo”, precisa.

BULET, AL MANDO

En la cúspide de Guayos, La Loma levantó su cuartel. El chivo Bulet y el gallo imponen orden. Su emblema es triangular y de color rojo. Lo sabe Fernando Crespo González desde que era un niño y ya acumula 70 almanaques.

“Apoyaba en la soldadura y la mecánica. Hacía los movimientos de las carrozas, un trabajo de casi 20 horas al día en la antesala de la parranda. Para que las cosas salgan a su tiempo hay que tener mucha dedicación”, asiente el lomero tantas veces protegido por un cielo cubierto de nubes rojas.

La parranda huele a pólvora. Se respira de una punta a otra del pueblo. Los estallidos se escuchan más allá de



El pueblo arrolla detrás de las comparsas.

Cabaiguán. Los sombreros de guano esquivan las chispas. La adrenalina también asciende.

“Aquí tiran más fuegos artificiales que en cualquier lugar. El común, denominado volador de a peso. Destacan el de luces, los morteros y los tableros, cientos de miles de pequeños voladores situados en una batea de tabla y malla”, resalta Héctor Cabrera y evoca un pasaje recogido en su libro.

“En una oportunidad, Barbarito Diez asistió a la parranda. Al comenzar el fuego, un volador cayó encima del violín tocado por el director de la orquesta. El instrumento lo recogieron hecho cenizas”.

Todavía el casi octogenario Diego González Cordobí, Pupy, se resiste a amarrarse en su apartamento situado en un quinto piso para ver el fuego de lejos.

“Me pongo la camisa de chivo y voy para el parque. Nunca sufrí ningún accidente. Lo fundamental es mantener la disciplina para evitar negligencias”, relata.

Cuando el 2 de diciembre de 1987 una explosión desató el luto en Guayos al colisionar la otrora pirotecnia del lugar, siniestro que robó la vida a nueve guayenses, el estruendo lo sacudió a kilómetros de donde estaba.

Secadas las lágrimas por los amigos perdidos, el pirotécnico de formación empírica y codiciado en Remedios, Vueltas, Chambas y demás asentamientos parranderos, regresó frente al tablero para echarle, “azuquita”, pólvora.

MÚSICA, MAESTRO

Bartolo Blanco y sus secuaces hicieron vibrar al pueblo con acordes legendarios. Las caderas de los guayenses parecían irse de revolución con los movimientos. Coreografías improvisadas, al compás de los estribillos contagiosos, pedían más intensidad a los cencerros, cueros, trompetas y a las notas desenfrenadas.

“Al inicio de la parranda faltaba la música y lo más apropiado aquí fue la conga; si bien en Remedios hacen gala de la polka, herencia de Europa. Surgieron las agrupaciones de Mangué, Cacañaña; mas, eran insuficientes y se importaban de diferentes enclaves del país, sobre todo de Oriente”, reseña Héctor Cabrera.

Desde marzo de 1995, Garibaldi Blanco Toboso lleva la batuta de la conga Los parranderos de Guayos, en representación de su terruño y en honor a la obra de su tío.

“Al principio los integrantes éramos solo coterráneos. Comenzamos a nutrirnos de personal de poblados parranderos. Sin perder la esencia de los barrios nuestros, en tres décadas hemos apostado por perfeccionar cada presentación.

Crecimos con aficionados de Cabaiguán y Sancti Spíritus, estos últimos pertenecientes a la comparsa Estrellas de Colón, gloria del Santiago Espirituano”, detalla.

Clásicos del reservorio sonoro de La Loma y Cantarrana, versiones de temas tarareados en la actualidad y coros que se adaptan a los ritmos característicos de la conga van a las partituras de Garibaldi y los suyos. El fanatismo también se vuelve música.

LA TRADICIÓN, LO PRIMERO

La universalidad de las parrandas de la región central de Cuba atrae a espectadores que hacen las maletas y viajan a Guayos para constatar tal esplendor, sobreviviente a las adversidades.

“Se encaminan vías de financiamiento a través de un proyecto de desarrollo local, una idea válida pero poco factible. La parranda dependería de los ingresos percibidos por el municipio para mantenerse en pie”, puntualiza Leonardo Valdivia García, un lomero de raza.

El alma de la Casa de Cultura Elcire Pérez y Premio Memoria Viva 2025 alerta sobre la opulencia de recursos llegados a esta orilla gracias al esfuerzo de la diáspora. Ese brillo importado, recalca, no puede demeritar un siglo de regocijo popular.

“Los decisores de conjunto con los

facilitadores son los encargados de llevar adelante toda la logística exigida para esta combinación de artes y oficios. Hay que reunirse con los practicantes- portadores, actores sociales y los líderes formales de la comunidad. Todos debemos hablar un mismo idioma para preservar y salvaguardar dicha expresión cultural”, significó.

La Semana de la Cultura guayense, prevista en diciembre y dedicada a los 100 años de la parranda, despedirá el programa conmemorativo que venera la festividad, capaz de posar ante el lente de una cámara fotográfica, imágenes a colgarse en el Museo de las Parrandas Remedianas.

Lomeros y cantarraneros recibirán antes a entusiastas de todo el país, al convertirse en anfitriones del XII Coloquio Nacional sobre Fiestas Populares Tradicionales.

Agotadas las 24 horas de la parranda, en las calles del poblado desandan opiniones caldeadas por los ánimos divididos. El desquite oficial tocará a la puerta en un nuevo noviembre.

“Todos dicen que su barrio venció. La gente va a la frontera, no es la guerra ni la emigración; es la felicidad cuando comienza la parranda, una fiesta única e irrepetible”, confiesa Macholín.



Guayos se distingue por el volumen de fuegos destinados a la parranda.